

*«tencis de ver á Dios, me permiten deciros, que no
«iréis hasta media noche. — ¡Bendito sea Dios!»*
Tomó entonces las manos del médico, las estrechó
con fuerza, diciendo: «¡Gracias, gracias. Os las
«doy de todo mi corazón. Alabado sea Jesucristo!»
Diciendo estas palabras inclinó la cabeza á un lado,
y después de algunos suspiros, se fué á encontrar á
su Padre y nuestro Padre, á su Dios y nuestro Dios.

Este santo y fervoroso católico había compuesto
él mismo su epitafio, concebido en estos términos:
*Aquí yace Federico Leopoldo de Stolberg, nacido
en 7 de noviembre de 1750, y muerto en.... Dios ha
amado tanto al mundo que entregó á su Hijo único,
á fin de que cualquiera que creyese en él no pereciese,
sino que gozase de la vida eterna. Prohibió á su
familia que añadiese algo á este epitafio; porque,
decía, cuando se trata de la eternidad, deben callarse
las cosas que pasan con el tiempo. Fue enterrado
según sus deseos, en Stockampfen, en Prusia,
al lado de uno de sus hijos Francisco de Stolberg,
que había muerto allí en 29 de marzo de 1815, á la
edad de trece años, habiendo mostrado en tan tierna
edad una inocencia de costumbres, una disposición
para la piedad, y una resignación admirables.*

(Colección de conversiones notables).

SEGUNDA PARTE.

PRIVILEGIOS DE LA IGLESIA.

INTRODUCCION.

Después de haber explicado las diferentes señales por medio de las que puede reconocerse de una manera segura la Iglesia que el mismo Jesucristo fundó sobre la tierra, es necesario, mi querido Teófilo, hacer brillar á tus ojos los gloriosos privilegios que su divino Esposo quiso concederle, para mayor lustre de su nombre y para la salvación de sus hijos queridos.

Contéplala, pues, esta augusta reina de la tierra, y tus ojos quedarán deslumbrados con el resplandor de su belleza, la grandeza de su gloria y la excelencia de sus prerrogativas. Adornada con todas sus

galas se nos presenta llevando en sí misma el reflejo de la divinidad de su Fundador: ¿debemos, pues, sorprendernos si en todos los tiempos se granjea los homenajes de los talentos mas ilustrados y de los corazones mas nobles? Apoyada en la cruz como en su cetro, atraviesa los siglos sin temer sus rigores, y ofrece siempre á sus hijos los atractivos mas capaces de retenerlos en su seno maternal. Á vista de su marcha triunfal, no puede uno menos de reconocerla y adherirse irrevocablemente á su doctrina y á sus leyes.

¿Cuáles son, pues, los privilegios exclusivos de que goza y que la distinguen de todas las sectas? Deben notarse tres principales, y son: la visibilidad, la perpetuidad, y la infalibilidad. Esto es lo que vamos á explicar en esta segunda parte. Si lo meditas seriamente, comprenderás la verdad de este sagrado oráculo que Jesucristo dirigió á la cabeza de sus Apóstoles: *Y en verdad te digo: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (San Mat. viii).

CAPÍTULO PRIMERO.

Primer privilegio de la Iglesia.

LA VISIBILIDAD.

El primer privilegio de la verdadera Iglesia es el ser *visible*, y de tal modo visible, que á la primera mirada se manifiesta á aquel que la busca de buena fe, y que en comparacion de todas las demás, la luz superior que derrama, atrae, hierne los ojos de todos y obliga á exclamar instantáneamente: *Hé aquí la Iglesia de Jesucristo*. En efecto, mi querido Teófilo, la Iglesia es *visible* en su existencia, *visible* en su doctrina y en su moral, *visible* en su culto y su gobierno, *visible* en los lazos que unen sus miembros.

§ I. La Iglesia es visible en su existencia.

Una sociedad que estableció Jesucristo para conservar y enseñar su Religion á todos los pueblos; una sociedad que ella sola posee la verdad y puede ofrecer la sal-

vacion á los hombres; una sociedad que debe durar hasta el fin de los siglos para la felicidad del género humano; una sociedad, en fin, cuyos miembros tienen todos una misma fe, reciben los mismos Sacramentos, están sujetos á los mismos pastores, tienen una sola y misma cabeza, debe necesariamente ser una sociedad *visible*. Tal es la sociedad que llamamos Iglesia.

Tambien en la sagrada Escritura hallamos pruebas de esta visibilidad de la Iglesia. Para convencerte, mi querido hijo, recuerda primero el siguiente pasaje sacado del capítulo quinto de san Mateo: *Vosotros sois la luz del mundo*, dijo el Salvador á sus Apóstoles; *una ciudad situada en la cima de un monte no puede ocultarse, ni tampoco se enciende una lámpara para ponerla debajo de la medida, sino que se coloca en el candelero, á fin de que ilumine á todos aquellos que están en la casa*. Por estas palabras puedes conocer muy bien, mi querido amigo, el retrato que nos hace Jesucristo de la Iglesia, y la viva imágen de visibilidad que nos ha representado.

¿Qué es la Iglesia, segun el lenguaje

del Salvador? Es *una ciudad* situada en la cima de una alta montaña: *civitas supra montem posita*. Allí, léjos de hacerse buscar, sale ella misma al encuentro, y por la ventaja de su situacion parece que dice sin cesar á todo el mundo: «Héme aquí, venid á mí, vosotros todos que deseais pertenecer á Dios, salvaros del diluvio, y «llegar al cielo.» ¿Qué es además la Iglesia de Jesucristo, segun este pasaje? Es una lámpara encendida: *lampas accensa*. ¿Y bien, continúa el Salvador, la vela cuando se enciende la oculta uno debajo de la medida para quitarla de la vista? Ó mas bien, ¿no la pone sobre un candelero, para que esparza mas léjos su resplandor, y derrame mas abundantemente la luz, *super candelabrum*? ¿Qué deben ser los Apóstoles? *la luz del mundo*; y así como el sol ilumina á todos los hombres con sus rayos, así los Apóstoles deben ilustrarlos con su doctrina; así su predicacion debia ser tan ruidosa que se oyese en todo el mundo.

La misma idea encontramos, mi querido hijo, en el profeta Isaías, cuando dice: «En los últimos tiempos, la montaña sobre

«la cual se edificará la casa del Señor, será
«colocada sobre lo alto de los montes, y
«se levantará sobre las colinas. Todas las
«naciones acudirán en tropel. Muchos pue-
«blos vendrán á ella, diciendo: vamos, su-
«bamos á la montaña del Señor, á la casa del
«Dios de Jacob. El nos enseñará sus cami-
«nos y seguiremos sus sendas.»

En efecto, supuesto que Dios quiere salvar á todos los hombres, grandes y pequeños, ricos y pobres, sabios é ignorantes, astutos y tontos; y supuesto tambien que ningun hombre puede salvarse sino en la verdadera Iglesia de Jesucristo, es necesario que esta Iglesia sea tan fácilmente reconocida, como es fácil ver una ciudad, una casa construidas en la cima de una alta montaña, de manera que cualquiera que tenga ojos y los tenga abiertos, la vea, y ni aun pueda dejar de verla.

Tambien Santiago en el concilio de Jerusalem aplicaba á la Iglesia, esta profecía de David, que es igual á la de Isaías: «Reedificaré la casa de David, que ha caído; volveré á levantar sus ruinas y la restableceré, á fin de que el resto de los

«hombres busque allí al Señor y todas las
«naciones invoquen en ella su santo nombre (Hechos de los Apóstoles xv).» La Iglesia, pues, debe ser visible, puesto que segun las profecias que acabamos de citar, en ella es donde todas las naciones deben buscar al Señor, é invocar su santo nombre.

§ H. La Iglesia es visible en su doctrina y su moral.

La Iglesia no es una sociedad secreta: nada de clandestino ni de oculto se halla en su enseñanza, en su culto, ni en su gobierno. Sus dogmas encierran misterios, es verdad, pero no debe tomarse en mal sentido la palabra *misterio*. Los paganos tenian secretos de religion que llamaban misterios, no porque fuesen incomprensibles ni superiores á la luz de la razon, sino únicamente porque estaban cubiertos y disimulados bajo ciertos tipos y figuras, y se reservaba el conocimiento de ellos á un pequeño número de adeptos ó iniciados. Tales eran los misterios de Ceres, los misterios de Eleusis, etc.

Nada hay que se les parezca, mi queri-

do amigo, en la Religion cristiana: los *misterios* que enseña la Iglesia son verdades que Dios ha revelado á los hombres, y cuyo conocimiento les es necesario para su eterna salvacion. La humana razon no puede, es cierto, penetrar, hasta la inteligencia de estos misterios; pero tampoco son ocultados, sino que públicamente se enseñan. Léjos de hacer de ellos un secreto, los Apóstoles, fieles á su mision, los predicaron por toda la tierra, y en todas partes han atestiguado su certeza á costa de su sangre. La Iglesia hace aun predicar las mismas verdades por sus ministros, y envia misioneros á todas las partes del mundo para extender en todas ellas su conocimiento.

Independientemente de los sermones que se predicán públicamente en las reuniones de los fieles, de las cuales nadie está excluido, los obispos hacen imprimir para sus diócesis Catecismos, en que se explican con términos claros y precisos todos los misterios de la Religion: estos Catecismos, puestos en manos de la infancia y enseñados en todas las escuelas cristianas, pue-

den ser vistos y leídos de todo el mundo. Nada, pues, de secreto ni de oculto en la Iglesia; todo en ella es ostensible, y todo se hace visiblemente y sin rebozo.

No es mas oculta la *moral de la Iglesia* que sus dogmas: además de su enseñanza, que es pública, los libros que la contienen y la explican, se encuentran en todas partes, y hasta los mismos enemigos de la Iglesia se ven obligados á reconocer su pureza.

§ III. *La Iglesia es visible en su culto y en su gobierno.*

El culto de la Iglesia se practica sin velo y sin oscuridad, en lugares abiertos y accesibles á todo el mundo. No solamente es público y visible, sino que se practica con esplendor, con pompa, y con un aparato á la vez tierno y majestuoso, que lo hace respetable aun á los ojos de sus mas acérrimos enemigos.

La Iglesia tiene una cabeza invisible, que es nuestro Señor Jesucristo; pero tiene tambien otra visible, que es el Papa, obispo de Roma, y en esta calidad sucesor

de san Pedro, á quien Jesucristo nombró su vicario sobre la tierra, y á quien dió una plenitud de poder y de autoridad suficiente para dirigir los pastores y los fieles, y hacer por su eterna salvacion lo que él mismo habria hecho, si hubiese continuado á estar visiblemente entre ellos. La sucesion no interrumpida de los otros pastores legítimos de la Iglesia, desde los Apóstoles hasta nuestros dias, es igualmente constante. Es una cosa de hecho y no deja la menor duda sobre la transmision de los poderes que cada uno de estos pastores ejerce sobre la porcion del rebaño de Jesucristo que le ha sido confiada.

La Iglesia es el reino de Jesucristo en el mundo. Nuestro divino Maestro nos dice, es cierto, *que su reino no es de este mundo como tampoco lo era él mismo*. Porque el establecimiento de la Iglesia viene del cielo; todas sus miras se dirigen al cielo; sus verdaderos bienes son los del cielo; toda su aplicacion la emplea en formar á sus hijos para el cielo, y procurarl es su herencia; y de aquí sabemos que todo el cuidado de los verdaderos hijos de la Iglesia debe ser lle-

gar al cielo, y que todo el celo de sus ministros debe dirigirse á guiarlos á él.

Pero aunque la Iglesia *no sea del mundo*, segun el precepto de Jesucristo, se halla en el mundo, y está muy visiblemente en él. Jesucristo la formó estando visiblemente sobre la tierra; la estableció por medio del ministerio visible de los Apóstoles; la extendió á todo el universo con la predicacion visible del Evangelio; reunió sus miembros con Sacramentos visibles, y por la autoridad visible de los sucesores de los Apóstoles la gobernó siempre, y la gobernará hasta la consumacion de los siglos.

§ IV. *La Iglesia es visible en los lazos exteriores que unen sus miembros.*

Los lazos exteriores y visibles que nos unen al cuerpo de la Iglesia, pueden reducirse á tres principales; á saber: 1.º la profesion exterior de la misma fe; 2.º la participacion en los Sacramentos que administra; 3.º la sumision á los pastores legítimos que la gobiernan.

1.º *El primer lazo exterior que nos une al cuerpo de la Iglesia, es la profesion de una mis-*

ma fe; por la enseñanza de la fe y por la predicacion del Evangelio se estableció y propagó la Iglesia, se ha conservado hasta nuestros días, y se conservará en todos los tiempos. Anunciando la fe los Apóstoles y los hombres apostólicos, han llamado á todas las naciones al seno de la Iglesia; recibiendo esta misma fe han entrado en él todos estos diferentes pueblos; profesando una misma fe, tantos miembros dispersos en toda la superficie del globo no forman juntos mas que un solo cuerpo que es la Iglesia, y el nombre de *fieles* que se les da manifiesta claramente, que por la fe pertenecen á la Iglesia y son miembros de este cuerpo cuya cabeza es Jesucristo.

El Bautismo, puerta sagrada por la cual se entra en la Iglesia, no se ha dado jamás á los adultos hasta que han sido suficientemente instruidos en las verdades de la fe: la Iglesia antes de administrarles este Sacramento, exigia que hiciesen la profesion expresa de las verdades de la fe, rezando el símbolo. Ahora que se administra el sacramento del Bautismo á los niños luego de haber nacido, la Iglesia no se lo con-

cede, ni los admite á su seno hasta que sus padrinos hayan hecho expresamente por ellos esta profesion de fe.

Jamás la Iglesia ha reconocido, Teófilo, por hijos suyos á aquellos que han hecho profesion de una doctrina y de una fe diferente de la suya. Ella mira y ha mirado siempre á los infieles como extranjeros, y á los herejes como á desertores de su fe. No ha querido tener relaciones con ellos, á excepcion de las que le inspira su caridad para llamarlos á sí. No repara en admitirlos á sus instrucciones; pero los priva del uso de sus Sacramentos, y de la comunión de sus oraciones. Un solo punto, un solo artículo contrario á su fe y sostenido con terquedad contra sus decisiones, le han bastado para mirarlos como á hijos rebeldes, como á miembros gangrenados que era necesario separar de su cuerpo.

2.º *El segundo lazo exterior que nos une al cuerpo de la Iglesia es la participacion en sus Sacramentos.* Estas fuentes de gracias son signos visibles, que santificándonos en nuestro interior, por la aplicacion que hacen á nuestro favor de los méritos de Jesucristo,

nos reúnen exteriormente, nos enlazan mutuamente, y nos distinguen de todos aquellos que no pertenecen á la Iglesia.

No hubo jamás pretension peor fundada, ni mas absurda, mi querido amigo, que la de los impíos y herejes que bajo el pretexto de que Dios quiere ser servido en espíritu y verdad, han negado la necesidad, y abolido la práctica del culto exterior. El corazón y el cuerpo deben ser consagrados al Señor: el corazón por sus afecciones; el cuerpo por actos exteriores y sensibles. Dios los prescribe, y el hombre debe observarlos. «Si hubiéseis sido todo espíritu, dice san Juan Crisóstomo, Dios no os habría hecho sino dones espirituales.» Se puede añadir: no habría exigido de vosotros sino un culto todo espiritual. «Pero, por razón de estar el alma unida al cuerpo, dice este mismo Santo Padre, Dios se sirve de las cosas terrestres sensibles y corporales para elevaros á aquellas que son espirituales y divinas.»

3.º *El tercer lazo que nos une al cuerpo de la Iglesia, es la sumision á sus legítimos pastores. A ellos encargó Jesucristo el cuidado*

de gobernarla, y el Espíritu Santo los estableció para ser los príncipes y padres de ella.

Jesucristo no se contentó confiriendo á sus Apóstoles y en su persona á sus sucesores, el poder de predicar, bautizar y comunicar los dones que habian recibido; sino que además mandó que se les oyese, se les respetase, se les estuviese sujeto y se recurriese á su ministerio. Dijo á sus Apóstoles, y en ellos á todos los ministros de la Iglesia: *El que os oye me oye, y el que os desprecia me desprecia.* Y para que no pudiese dudarse de que su autoridad y su ministerio debía durar siempre sin interrupcion, les prometió, cuando los envió á predicar y bautizar, *que estaria con ellos, hasta la consumacion de los siglos.*

Es, pues, Jesucristo el que estableció una legítima subordinacion entre los pastores y los fieles, la cual tiene sus reglas y sus límites. Él mismo ha prescrito á los unos como deben mandar, y á los otros como deben obedecer. Pero dando á los pastores la autoridad de gobernar la Iglesia, que es el reino de los cielos sobre la tierra,

impuso á los fieles la obligacion de obedecerles segun los principios que fijó en su Evangelio, y las reglas que dictó por medio de su Santo Espíritu. Este admirable orden, que estableció en su Iglesia, es el que constituye la belleza y la solidez de este divino edificio.

EJEMPLO.

CONVERSION DE LOS HIJOS DEL SEÑOR DE HALLER.

La Suiza que ejerció para con nuestros sacerdotes una tan religiosa hospitalidad, ha cogido los frutos de ella, porque sin duda, estos virtuosos proscritos contribuyeron al gran número de conversiones que se han notado en dicho país de treinta años á esta parte.

Una de las mas gloriosas conquistas que la Iglesia católica ha hecho en Suiza de algun tiempo á esta parte, es sin duda la de *Carlos-Luis de Haller*, miembro del consejo soberano de Berna. Como es demasiado larga para ser copiada aquí, la carta que escribió á su familia sobre su conversion, hablaremos solamente de lo perteneciente á la de sus hijos.

Este excelente padre, no pensando mas que en el porvenir religioso de ellos, dirigia á Dios fervorosas súplicas para que se dignase iluminarlos. A fines de 1823 acordó con su familia, que vendrian á su casa un ministro protestante y luego un sacerdote católico para tener conferencias de controversia. El

Sr. Galland ministro ginebrino, en otro tiempo pastor en Berna, y que habia ido á Paris para dirigir una escuela de misiones protestantes, fundada por la sociedad Bíblica, fué por espacio de muchas semanas á casa del *Sr. de Haller*, el cual asistia á las conferencias, y al mismo tiempo que dejaba al ministro una entera libertad, hacia no obstante observaciones sobre diferentes puntos de la cuestion de que se trataba, y obligó al ministro, con la simple lectura de un catecismo católico á retractarse de algunas proposiciones lanzadas contra la Iglesia y su doctrina.

Quando hubieron terminado estas conferencias, fué para tenerlas de otra naturaleza, un sacerdote católico, é insistió particularmente sobre los caracteres de la verdadera Iglesia. No habiéndole permitido á este eclesiástico sus ocupaciones dar á sus instrucciones toda la amplitud que deseaba la familia de *Haller*, se encargó de explicar todo el catecismo un eclesiástico inglés que se hallaba á la sazón en Francia, el *Sr. abate Kinsley*; pero ya antes de haber empezado sus lecciones, *Cecilia de Haller*, señorita de un talento sólido, y hacia algun tiempo dispuesta á favor de la Religion católica, declaró abiertamente sus intenciones, é hizo su abjuración el domingo 21 de mayo de 1826 en la capilla del establecimiento de la *Sra. de Pagés*, y algunas semanas después, su primera comunión en san Sulpicio. La *Sra. de Haller*, su madre, que asistia á esta ceremonia, quedó conmovida, no habiendo ya sido poca su sorpresa el dia anterior, cuando su hija fué á pedirle de rodillas su bendicion, formalidad absolutamente desconocida entre los protestantes.

El mismo día 21 de mayo, una sobrina del Sr. de Haller *Matilde de Erlach* nacida de una muy antigua familia de Berna, y de cerca de treinta años de edad, manifestó inopinadamente su resolucion de ser católica y aun de ser religiosa: parece que sus propias lecturas y sus reflexiones le habian sugerido este designio, que puso en ejecucion pocos dias después. El 29 de mayo entró en el convento del Sagrado Corazon de Jesús en Paris, para recibir en él la correspondiente instruccion; hizo su abjuracion el 25 de junio, y después de haber sido pretendienta por espacio de tres meses, tomó el velo en el siguiente agosto.

Entre tanto continuaba la instruccion de los hijos del Sr. de Haller y su hermana asistia á las conferencias, á pesar del paso que habia dado: decia que jamás estaria demasiado instruida. El padreno habia querido encontrarse en estas conferencias á fin de que sus hijos tuviesen mayor libertad para proponer sus dificultades. Además se instruian tambien por medio de lecturas sólidas.

El 1.º de agosto el menor de los hijos, *Alberto de Haller*, de diez y ocho años, jóven lleno de rectitud y de buena fe, declaró que estaba decidido á abrazar la Religion católica, y fué él mismo á participárselo al ministro protestante, de quien habia recibido las primeras lecciones. Hizo su abjuracion y su primera comunión el 10 de agosto de 1826 en presencia de toda su familia. Algunos dias después partió para Berna con sus padres, recibió la Confirmacion de manos del Sr. Obispo de Friburgo y se fué luego á Turin, para entrar á servir en el ejército del rey de Cerdeña.

El hijo mayor *Carlos de Haller*, de diez y nueve años, no habia tomado aun resolucion alguna; hizo al mismo tiempo un viaje á Inglaterra con el abate Kinsley; observó de cerca las varias sectas que pululan en aquel país, y se decidió por la Iglesia universal. *Yo quiero ser cristiano*, les decia, *pero ¿en dónde encontraré el cristianismo, entre tantas opiniones contradictorias?* Volvió á Paris hácia fines de octubre: una grave enfermedad que tuvo en el noviembre en July le obligó á suspender la ejecucion de su proyecto. Apenas restablecido hizo su abjuracion en July el 31 de diciembre de 1826: al dia siguiente 1.º de enero de 1827 hizo su primera comunión en Paris, y el 10 del mismo recibió la Confirmacion de manos del Sr. Arzobispo de Paris.

De modo que en la actualidad todos los hijos del Sr. de Haller, se hallan reunidos en el seno de la Iglesia católica. Su madre léjos de oponerse á su conversion, la aprobó por el contrario, persuadida de que era el resultado de una verdadera conviccion.